

gun Autor Español, sino Romano, y de los mas ilustres: *Ut ne oculos quidem, aut vocem Numantini viri quisquam sustineret.* (Luc. Flor. lib. 2, cap. 17.) Dos veces, dixen, les pidieron humildes la paz; dos veces la tuvieron, y dos veces iniquamente la violaron. Es verdad, que respecto á la soberbia del Pueblo Romano, las condiciones habian sido ignominiosas; pero con ellas habian redimido las vidas quando tenian puestas las gargantas debaxo de los aceros Numantinos; en cuya circunstancia, ¿quién, sino un insensato, espera capitulaciones honradas? Y especialmente quando el que se humilla es el que movió injustamente la guerra, como consta que los Romanos lo hicieron? En todo fue consiguiente su ruin proceder; pues habiendo empezado iniquamente la guerra, dos veces violaron pérfidamente la paz. Al fin venció á los Numantinos, no el valor Romano, sino la hambre; en cuyo ultimo apuro, quitandose voluntariamente las vidas ya con el hierro, ya con el fuego, no dexaron á la codicia de los conquistadores otro despojo que sus propias cenizas.

§. VIII.

29 Siempre que me vienen á la memoria las conquistas con que se engrandeció el Imperio Romano, y el aplauso con que el mundo las clamorea, admirando al mismo tiempo aquella República como la norma de todas en quanto á las virtudes Politicas y Militares, no puedo menos de lastimarme de la debilidad del juicio humano, que dexandose facilmente deslumbrar de un falso resplandor, apenas en materia alguna acierta á mirar con ojos fixos la verdad. ¿Qué fue la República Romana? Una gavilla de Ladrones, que engrosandose mas y mas cada dia, empezó robando ganados, prosiguió robando poblaciones, y acabó robando Reynos. El origen Régio de Romulo es tan incierto, que no faltan justísimos títulos para colocarle entre las Fábulas. Graves Autores juzgan que bien lexos de ser de la estirpe de los Reyes de Alba, ni aun era natural de Italia, sino un vagamundo ad-

advenedizo. Diocles, Autor Griego, fue el primero (segun refiere Plutarco) que hizo al Fundador de Roma nieto de un Rey, é hijo de un Dios, agregando á esta ficcion todas las demás que la acompañan, y cuyo texto muestra por todas partes el carácter de fábula Griega. ¿Pero qué habia de hacer la vanidad Romana, que se veía tan lisonjeada con ella, sino admitirla como verdadera historia? Son siempre felices los embustes que dan ilustre origen á qualesquiera Naciones. Un adulador los forja. El Pueblo, si no los cree, quiere por lo menos que se crean. Esto basta para que nadie se atreva á impugnarlos, y para que muchos los vayan transcribiendo como verdades inconcusas. Con que á la vuelta de dos ó tres siglos, si alguno quiere escribir con desengaño, ó mostrarse dubitante en la materia, es despreciado como un temerario que se opone á una posesion inmemorial, y á una constante tradicion.

30 El hecho del robo de las Sabinas es una conjetura tan eficaz de que es fábula quanto se dice del augusto origen de Rómulo, que pasa de conjetura. ¿Es creible, que un Principe tan ilustre descendiente de los Reyes de Alba, dominacion famosísima en Italia, no habia de hallar para esposa la hija de algun Reyezuelo vecino? ¿Es creible, que no encontrase arbitrio para casarse sino el engaño, y el robo? Lo mismo digo á proporcion de sus subditos, y especialmente de los que entre ellos eran mas poderosos. ¿Cómo podian faltar para ellos mugeres en los Pueblos inmediatos? Esto hace creer, que los demás Estados de Italia miraban entonces la nueva Colonia como una coleccion de gente vil, establecida por el robo: al modo que nosotros considerariamos una poblacion formada de Gitanos, á quienes ni los aldeanos mas pobres se dignarian de dar por mugeres sus hijas.

31 Pasemos de los principios á los progresos. Es verdad que conquistaron los Romanos el mundo. ¿Pero cómo? Del mismo modo que conquistaron á España. Usando de la perfidia, del dolo, de la alevosía, siempre que no

no podían lograr con mejores artes la ventaja. Si algun Caudillo valeroso de la parte contraria los llevaba de vencida, con promesas magnificas disponían que algun infiel domestico le matase, como hicieron con Viriato, y con Sertorio. Si se veían debaxo de la cuchilla enemiga en la constitucion fatal de perder todo el Ejército, se humillaban como los hombres mas apocados del mundo, pidiendo y aceptando qualesquiera condiciones por ignominiosas que fuesen; pero no bien salían del ahogo, quando faltando vilmente á todo lo pactado, y atropellando la religion del juramento, repetían la guerra. Esto hicieron dos veces con Numancia; y esto habian hecho antes con los Samnites, quando estos pudiendo degollar todo el Ejército Romano y acabar de un golpe con aquella ambiciosa República, le dexaron salir de las Horcas Caudinas donde le tenían cogido como en una ratonera. Si Poncio, gallardo General de los Samnites, hubiera usado entonces de su derecho, no solo no se haría Roma Señora del Orbe, mas ni aun quedaría memoria de Roma; ó quando quedase alguna, solo sería para oprobio suyo, representandonos á los Samnites como unos gloriosos bienhechores de la Italia en la extirpacion de una República ambiciosa, perturbadora de todos sus vecinos, y enemiga del comun sosiego.

§. IX

32 **P**ERO aun queda (se me dirá) dilatado campo á la gloria de los Romanos en tantas empresas, cuya felicidad, sin intervencion de la traycion ó mala fe, solo se debió á su constancia, valor, y pericia militar. Hayan sido en algunas ocasiones alevosos, y pérfidos; pero cómo podrá negarse que fueron los mas ilustres guerreros del Orbe los que de los angostos limites de su primer establecimiento, con la punta de la espada se fueron abriendo campo hasta hacerse dueños de Europa, y Asia?

33 La causa mas universal de los errores comunes es, que los mas de los hombres no pasan con el discurso mas allá de la superficie de las cosas. Yo estoy tan lexos de asentir

tir á las ventajas del valor Romano sobre las demás Naciones del mundo, que vivo persuadido á que qualquiera de estas hubiera hecho todo lo que hicieron los Romanos, puesta en las mismas circunstancias. Parecerá una estraña paradoxa, si digo que la conquista del Orbe, en la forma que los Romanos la lograron, fue una cosa facilísima que solo pedia de parte de los executores ambicion y tiempo; pero no manos ni valor. Sin embargo lo digo, y lo demostraré con muy pocos rasgos de pluma.

34 Nótese que nunca los Romanos combatieron Potencia superior, ni aun igual á la suya. Desde los principios fueron ganando tierra poco á poco, empeñandose con tal tiento que nunca provocaban sino á quien consideraban con inferiores fuerzas. Asi tardaron poco mas ó menos de quinientos años en dominar á toda Italia. Acometieron luego á Sicilia, inferior (ya se ve) al poder unido de toda Italia. Y se añadió á favor de los Romanos el tener partido dentro de la Isla en los Mamertinos. Succedió la primera guerra Púnica. No igualaba ni con mucho, segun todas las apariencias, la Potencia de Cartágo á la de Roma. Sin embargo vencieron varias veces los Cartagineses á los Romanos; y es creíble que acabarian con ellos, si no hubieran despedido y aun quitado alevosamente la vida al valeroso General Xantipo. Fueron despues invadiendo Provincia por Provincia, ya los Ligures, ya los Insúbres, ya los Ilyricos, y asi á todos los demás, aumentando siempre sus fuerzas á costa de pequeños y débiles enemigos, porque los iban cogiendo separados. A la rudeza de aquellos tiempos debieron todas sus conquistas. Estabase quieta esta Provincia quando veía arder la comarcana, sin prevenir que dentro de poco se habia de introducir en sus entrañas aumentado de nuevas fuerzas el incendio. Con estas conquistas, cada una por sí pequeña y facil, se fueron engrosando de modo que quando llegó el caso de la segunda guerra Púnica ya era formidable el poder Romano, y con grandes ventajas superior al Cartaginés. ¿Qué mucho que destruyesen aquella República? Ni qué era menester un hé-

roe grande (qual pintan á su Scipion) para tan facil empresa? A la expugnacion de Cartágo succedió el empeño de rendir á nuestra Peninsula, cuya reduccion, bien lexos de contribuir algo á la vanidad Romana, se puede considerar como su mayor ignominia no solo por las infamias que, como vimos ya executaron en varias ocasiones, mas tambien por el gran coste que les tuvo cada palmo de tierra. Cada pequeña Provincia les hizo tanta resistencia como si estuviesen las dos fuerzas en equilibrio. Asi tardaron no menos que doscientos años en conquistar á España. ¡Qué afrenta para los Romanos, y qué gloria para los Españoles, que en cada partido ó pequeña Provincia, congregandose el rudo Paysanage, años enteros hiciese frente á las disciplinadas Tropas Romanas, comandadas por sus mas escogidos Caudillos! No es esto lo mas; sino que llegó tiempo en que no habia en Roma quien quisiese cargarse de la guerra de España. Tan aterrados tenian á los Romanos nuestros valerosos Españoles. Quien no me creyere á mí, lealo en Tito Livio dec. 3. lib. 6.

§. X.

35 **E**N fin fueron menester para acabar de conquistar á España dos Emperadores. ¿Pero cuáles? Julio Cesar, y Octaviano Augusto: el uno el mayor guerrero del mundo, el otro el hombre mas feliz y prudente de quantos ocuparon el Solio. Menos fatiga le costo á Cesar vencer al gran Pompeyo en Grecia, que á su hijo Cneo Pompeyo en España. Mayor Soldado sin comparacion alguna era el padre, que el hijo: pero mandaba el padre Tropas Romanas; el hijo Españolas. Nunca se vio en peligro igual Cesar, que en la famosa batalla de Munda. Nunca el Ejército de Cesar estuvo resuelto á huir (y ya empezaba á executarlo), sino entonces. Debió Cesar todas las demás victorias que tuvo, ya á su valor, ya á su pericia; esta á su desesperacion. Viendo retroceder amedrentado todo aquel grande cuerpo de Tropas, hasta entonces juzgadas invencibles, por lo menos siempre victoriosas, voló á co-

locarse delante de la primera fila, donde dexando el caballo y resuelto á morir, el peligro del Emperador excitó la vergüenza del Ejército; y la vergüenza, dando impetuoso movimiento á la sangre que tenia elada el susto, hizo mas de lo que pudiera hacer el valor.

36 Con todos los triunfos del Cesar aun le quedó en España bastante que hacer á Augusto. A este Emperador, por tantos titulos grande; pues se unieron en él suma prudencia, suma felicidad, y sumo poder, resistieron por algun tiempo los feroces Montañeses de la Cantabria: donde no debo ocultar una singularísima gloria del Pays que habito; y es, que los ultimos que se rindieron fueron los Asturianos. Dícelo con expresion Lucio Floro lib. 4, cap. 12; donde despues de referir como el Ejército Romano los sorprendió quando no le esperaban, y que sin embargo fue muy sangriento el combate, concluye con que éste fue el termino de todas las guerras de Augusto: *Hic finis Augusti bellicorum certaminum fuit*. Disputen ahora norabuena (como lo hacen algunos) á los Asturianos, si esta Provincia fue comprehendida ó no en la antigua Cantabria. Para nada han menester los Asturianos esa gloria. Si fueron Cántabros, fueron los mas valientes de los Cántabros; si no fueron Cántabros, fueron mas valientes que los Cántabros, pues rendidos ya estos, aun mantenian la guerra aquellos.

§. XI.

37 **L**A rendicion de España, que parece havia de eclipsar sus glorias, le abrió campo para sus mayores lucimientos. Nunca diera España Emperadores á Roma, si Roma no hubiera hecho antes á España Provincia suya. Dio, digo, España Emperadores á Roma. ¿Pero qué Emperadores? Tales que fueron honra de España, y de Roma: un Trajano, un Adriano, un Teodosio, todos tres insignes guerreros, á que añadieron el resplandor de otras muchas virtudes. Trajano no carecio de vicios personales; pero nadie le niega todas las qualidades de un gran Príncipe en el grado mas eminente. Dio con sus innumerables victo-

rias mucho mayor extension á los terminos del Imperio Romano: fue verdadero Padre del Pueblo: ninguno construyó tantos edificios públicos. La clemencia, y la justicia, virtudes que casi todos sus antecesores, desde la muerte de Augusto habian desterrado de Roma, fueron por él revocadas como en triunfo. En fin, fue tal, que despues de él en la inauguracion de los Emperadores, los votos públicos del Pueblo eran que los Dioses les diesen la felicidad de Augusto y la bondad de Trajano.

38 Adriano fue especialmente recomendable por su continua aplicacion al gobierno, á quien sacrificó su sosiego y su salud, quebrantando ésta en tantas jornadas como hizo por visitar todas las Provincias del Imperio; de modo, que de veinte años que reynó, apenas reservó dos ó tres para vivir con alguna quietud dentro de Roma. Fue hombre de admirable comprehension, pues entre tantas ocupaciones politicas y militares, se hizo lugar para adornar el espiritu con el conocimiento de varias Artes y Ciencias. Era muy buen Poeta, Pintor, Escultor, Medico, Geómetra, Astrólogo, é insigne Arquitecto.

39 Teodosio el Grande fue tan grande, que todo elogio le viene corto. ¡Qué Príncipe tan cabalmente perfecto! Gran Capitan, magnánimo, clemente, justiciero, liberal, religioso, afable, sóbrio. En fin, ¿qué virtud hay que no brillase en él en un grado eminente? Perdonen todos los demás que ocuparon el Solio, aunque entren el Gran Constantino, y el Gran Carlos: en ninguno hállan un todo tan cumplido como en Teodosio: á Constantino no le faltaron graves manchas: favorecio no poco los Arrianos, nimiamente crédulo á sus hypocresías; de modo, que no faltan quienes opinen que profesó y murió en aquella errada creencia. Aun en el gobierno civil degeneró mucho de sí mismo en los últimos años, dexandose llevar al impulso de injustos y avaros Ministros. De Carlo Magno es inegable, que con todas las excelencias propias de un gran Príncipe mezcló muchas fragilidades de hombre. En vano han pretendido algunos explicar en buen sentido las cinco concubinas que

le cuenta su Secretario y Historiador Eginardo.

40 ¿Pero qué se podrá oponer al Gran Teodosio? Solo un raptó de colera, una deliberacion violenta, concebida en el ardor de la ira, quando irritado de que hubiesen muerto á un Lugar-Teniente General suyo en un tumulto popular de Tesalónica, entregó aquella Ciudad al furor de los Soldados, los quales hicieron en ella un horrible estrago, degollando algunos millares de personas. Este es el unico lunar que se encuentra en la vida de Teodosio: grande á la verdad, si se mide á bulto; pero debe descontarse al rigor del castigo todo lo que de parte del Príncipe faltó de prevision en orden al daño; siendo muy verisimil que no esperase execucion tan sangrienta. Debe tambien rebaxarse á la culpa otro tanto como la ira robó de advertencia al discurso. En fin, este delito como quiera que se mida, dio ocasionalmente á conocer toda la grandeza del espíritu de Teodosio, motivando la mas gloriosa penitencia, la mas heroyca humildad que jamás se vio en Príncipe alguno. ¿Quándo se esperó ni aun creyó posible, que no digo ya el dueño Augusto de todo el Imperio Romano, mas aun qualquiera que poseyese en soberanía quatro palmos de terreno, no solo tolerase que un Obispo le corrigiese delante de todo el Pueblo, mas tambien se rindiese á su sentencia para abstenerse de entrar en la Iglesia, y para hacer penitencia pública?

41 Miren este grande exemplo aquellos desnaturalizados políticos, que de los Príncipes quieren hacer no solo Deidades, sino Deidades crueles: no solo idolos, sino idolos como el de Saturno, que no se saciaba de humanas víctimas. ¿Quántos Estadistas se hallarán no solo entre los barbaros de Asia, ó Africa, mas aun en las mas cultas Cortes de Europa, á quienes si se les propone un desacato contra la Magestad, semejante al que se cometió en Tesalónica, resolverán como castigo proporcionado, que se lleve á sangre y fuego todo el Pueblo? ¿Que no se haga distincion entre el culpado y el inocente? ¿Que no quede piedra sobre piedra en la Ciudad tumultuante? Dirán que toda esta

satisfacción pide el ultraje de la Corona. No llegó á tanto el rigor de Teodosio, y lo lloró como gravísima culpa. ¡O sangre humana, qué licor tan vil eres para los que no tienen mas Religion que la política!

42 Habiendo sido nuestro Teodosio por tantos capitulos plausible, lo que obró por la Religion Católica constituye su mayor gloria; pues quanto hizo en esta parte el Gran Constantino se puede decir que es menos que lo que hizo Teodosio. Aquel empezó la grande obra de destruir el Paganismo, éste la perfeccionó. Hizo aquel mucho; pero mucho dexó por hacer; y de lo mismo que hizo, lo mas fue deshecho por el Apóstata Julianó, que sucedió en el Imperio á Constantino, hijo de Constantino; de modo, que quando Teodosio se ciñó la Diadema, halló reynante la idolatría; y quando salió de este mundo á recibir la corona del Cielo, la dexó no solo abatida, sino totalmente ruinada. Fue, pues, un Español el instrumento de que se sirvió la mano Omnipotente para arrasar todos los Templos del Paganismo.

S. XII.

43 **P**ues con ocasion de Teodosio hemos tocado en la mayor gloria de España; esto es, el influxo que tuvo nuestra Nacion en el establecimiento de la Fe Católica, razon es detenernos algo en un asunto que constituye la suprema honra de los Españoles.

44 Admirable es sin duda el cuidado que puso la Providencia Divina en la conversion de España á la Religion verdadera. Con estar esta Peninsula en los ultimos fines de la tierra, y tan distante de Palestina, dos Apóstoles destinó para su conversion, Santiago el Mayor, y San Pablo. De la venida del primero ya no se puede dudar razonablemente despues de tantos y tan doctos escritos como la han comprobado. La del segundo está asegurada con los superiores testimonios de San Atanasio, San Cyrilo Jerosolymitano, San Epifanio, San Juan Crysóstomo, Teodoreto, San Geronimo, y San Gregorio el Grande. Vease Natal Alexandro en el tercer Tomo de la Historia Eclesiástica.

tica, donde eruditamente prueba este asunto, y satisface á las objeciones contrarias.

45 El esmero del dueño de esta viña en su cultivo es argumento de que habia de sacar de ella copiosísimo fruto. ¿Quién beneficia con especial aplicacion un terreno estéril, que sabe ha de corresponder á su fatiga con una cortísima cosecha? Dos Apóstoles, y Apóstoles tan grandes, empleados, por Mision Divina, en plantar la Fe Católica en España, muestran que España abultaba mucho en la soberana mente, como quien habia de servir sobre todas las demás Naciones á la exáltacion de la Fe Católica.

46 En los tres primeros siglos de la Iglesia, quando los Christianos no tenían otros Templos que las cavernas mas obscuras, ni otras imagenes de Dios, y de sus Santos, que las que traían gravadas en sus corazones, porque el furor de los Emperadores Gentiles no permitia otros Templos, ni otros simulacros, que los de sus falsas Deidades; entonces tenia España, segun nos enseña la piadosa tradicion, Templo y simulacro consagrados á la Virgen Maria, Señora nuestra, no retirados entre algunos escarpados cerros, sino patentes á todo el mundo en la insigne Ciudad de Zaragoza. Oponen á esta tradicion los Estrangeros, que no es verisímil que gobernando en España los idólatras Romanos, permitiesen aquel monumento público de nuestro culto. Pero esto, quando mas, probará que ni el Templo ni la imagen pudieron subsistir sin especial proteccion del Cielo. ¿Y por dónde, pregunto, se hace esta increíble? ¿Por qué entre tantos millares de prodigios como Dios obró en la grande empresa de desterrar del mundo la idolatría, no podrémos asentir á que hizo uno continuado por tres siglos, á fin de mantener el Templo é imagen del Pilar? Si para dar prudente asenso á un milagro no basta el testimonio de la tradicion, será preciso condenar como fabulosos casi todos quantos se hallan escritos en las Historias Eclesiásticas. Si la valiente fe de una alma sola basta para recavar de la divina piedad un prodigio; ¿por qué, en atencion á tantos millares de fervorosísimos espíritus como se debe creer de-

xaria en España la predicacion de los Apostoles, no haria Dios el de conservar para su consuelo el Templo é imagen de Zaragoza?

47 Correspondió España á tan señalado favor con su constancia en la Fe, por la qual ofreció á Dios innumerables preciosas víctimas en tantos insignes Martyres como la ilustraron, cuya gloriosa multitud excede á todo guarismo. Un Monasterio solo de San Benito (el de Cerdeña) dio de una vez doscientos. Una Ciudad sola (la de Zaragoza) da con justicia á los suyos el epíteto de innumerables. La calidad no fue inferior á la cantidad, pues entre los Martyres Españoles no pocos se descuellan como Estrellas de primera magnitud del Cielo de la Iglesia. Díganlo un Lorenzo, y un Vicente á quienes la Iglesia, en las deprecaciones públicas, prefiere á todos despues del Proto-Martyr Estevan: Una Eulalia, y un Pelayo, que en la edad mas tierna lograron el triunfo mas alto: hermosas flores que de cándidas hizo el cuchillo purpúreas, y fueron tanto mas Martyres quanto padecieron mas niños; siendo cierto que hace mayor sacrificio quien anticipandose en temprana edad la muerte, se corta por Dios mayor porcion de vida.

S. XIII.

48 **N**O sirvió menos España á la Religion con la doctrina que con el exemplo. A los primeros amargos de la sangrienta persecucion de Diocleciano se congregaron nuestros Obispos en el Concilio Iliberitano, cuyos Cánones destinados á la observancia de la mas severa disciplina, y á la confirmacion de los Fieles contra el rigor de los edictos Imperiales, admitió y aprobó la Iglesia. Presidió en este Concilio el grande Osio, Obispo de Cordoba, cuya virtud y erudicion se descolló tanto en los Reynados de Constantino, y de Constancio, que fue mirado como el mas illustre Campeon de la Iglesia contra los portentosos esfuerzos de la heregia Arriana. Este es aquel á quien San Atanasio con veneracion reconoce por su gran Patrono, á quien apellida *el grande Osio*, á quien llama *Pa-*

dre de los Obispos, Príncipe de los Concilios, y terror de los Hereges. Pudiera España gloriarse de haber servido mucho á la Iglesia, aun quando no hubiera hecho mas que lo que hizo por medio de este nobilísimo hijo suyo. Presidió Osio no menos que quatro Concilios, el Iliberitano de que hemos hablado, el Alexandrino primero, el General Niceno primero, y el Sardicense. Por esto le dio San Atanasio el singularísimo atributo de *Príncipe de los Concilios*. En el Niceno, donde presidió en nombre de San Silvestre, Pontífice Máximo, á él solo fió la Iglesia, y él solo compuso el famoso Symbolo donde está recapitulada toda la sana y católica doctrina.

49 Flaquéó Osio (no lo disimulemos): flaquéó Osio al fin de sus dias, subscribiendo á una confesion de Fe compuesta por los Arrianos. Disculpanle los Escritores Eclesiásticos con el quebranto de sus fuerzas, porque tenia cien años ó muy cerca de ellos quando las amenazas, rigores, y malos tratamientos del Emperador Constancio le reduxeron á aquella indignidad. Pero yo extraño que en tan alta edad no se atribuya el desliz antes á flaqueza de la razon que á imbecilidad corporal. Esta disculpa es mucho mas verisimil, y verdaderamente disculpa. Es accidente rarísimo abandonar en la vejez la Religion que se profesó desde la infancia sin perder antes el juicio. Los viejos son muy tenaces de sus antiguas máximas. Quanto va creciendo la edad se va aumentando el teson. Profundan mas y mas sus raíces los dictámenes en el espíritu, del mismo modo que los vegetales en la tierra. No hace á los muy ancianos mudar creencia la fuerza del argumento, sino la extincion del discurso. El rigor de la persecucion tambien hace menos impresion en ellos que en los jóvenes, quando está fortificada la tolerancia con una larga costumbre de padecer y resistir, como sucedió en Osio. Fuera de esto, mientras están capaces de alguna reflexion es naturalísimo ocurrirles, que es muy poco lo que la tyrania puede quitarles de vida y de conveniencia. Asi el accidente de Osio se debe atribuir á una perfecta decrepitez, la qual sin milagro es casi insepa-